# DOSSIER

# NAPOLEÓN

## El revolucionario coronado


**60. Europa, deslumbrada. El astro**
*Carlos Martínez Shaw*

**67. De Napoleón a Bonaparte**
*Manuel Moreno Alonso*

**73. El Imperio. Un sueño imposible**
*Manuel Moreno Alonso*

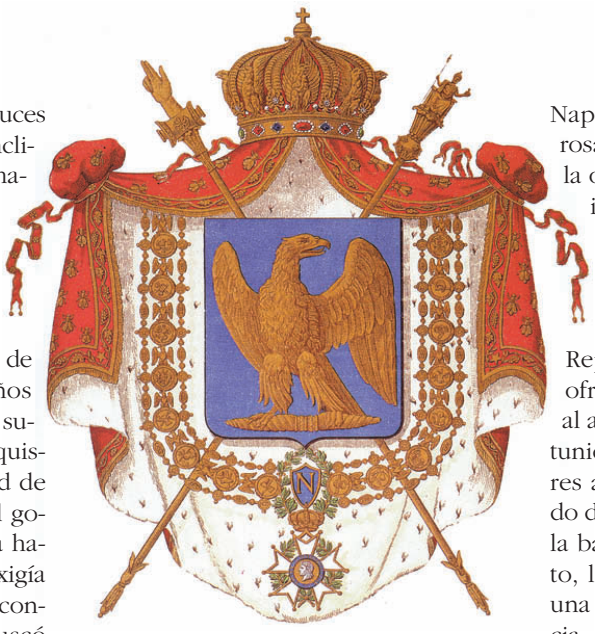
Napoleón coronado, por David (París, Institute de France).

Hace doscientos años, Napoleón Bonaparte se autocoronó Emperador. Era la última consecuencia de la vertiginosa carrera de su genio militar y político. Con este gesto quiso encarnar un símbolo que permitiera extender por Europa los ideales de la Revolución Francesa, de los que era fiel y sincero adepto. Pero el empuje arrollador de sus ejércitos se estrelló en Rusia y en España y la Europa real se negó a encajar en su diseño. Dos especialistas explican en qué acertó y en qué falló el Emperador ilustrado

# Europa, deslumbrada
# EL ASTRO

Inteligencia, sentido de la oportunidad y suerte: su efecto combinado hizo de Napoleón un genio indiscutible. **Carlos Martínez Shaw** revisa su figura a la luz de los últimos estudios y recuerda los grandes interrogantes que suscita su actuación política, militar y jurídica en Europa

Hombre del Siglo de las Luces por educación y por inclinación, Napoleón permaneció siempre fiel a la ideología esencial de la Revolución Francesa, que había bebido en la *Encyclopédie* y en los *philosophes*. Del mismo modo, siempre pudo adaptar sin violencia su jacobinismo de partida al autoritarismo de sus años de máximo gobernante. Y también supo cohonestar su lealtad a las conquistas revolucionarias con la necesidad de encauzar la actuación torrencial del gobierno del Comité de Salud Pública hacia los canales más tranquilos que exigía una sociedad ya cansada de tantas conmociones. Ambicioso de gloria, buscó denodadamente la coincidencia entre sus intereses personales y los de la Francia surgida de la Revolución. Y, del mismo modo, trató de lograr la imposible conciliación de sus afectos personales con las necesidades derivadas de su proyecto político: recompensó a sus mariscales, pero abandonó al general Kléber en Egipto; tuvo un gran respeto por la vida humana, pero las guerras que llevó a cabo se saldaron para Francia con la muerte de cerca de un millón de hombres; acabó con la represión sumaria de



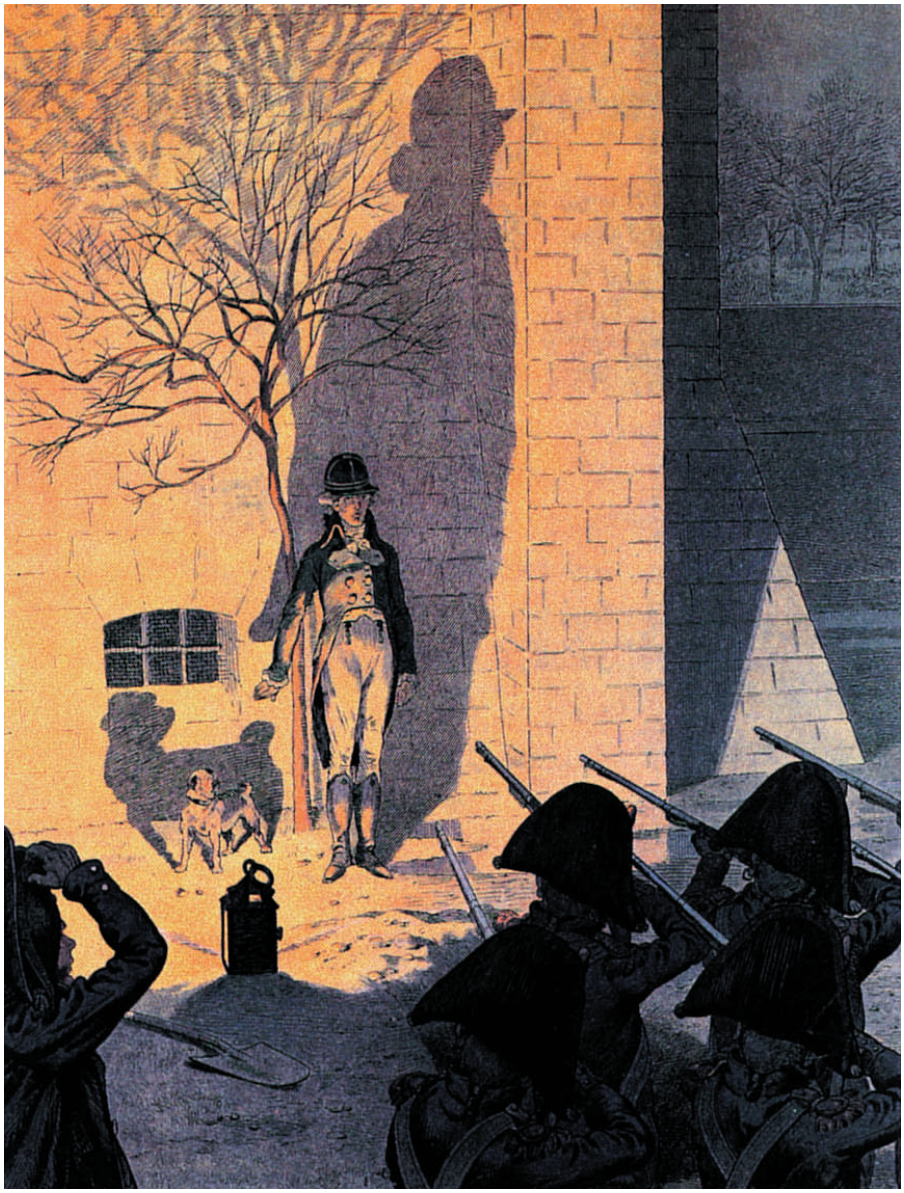
**Escudo de Napoleón**, un gobernante que concilió su ambición y su autoritarismo con los ideales revolucionarios de 1789.

épocas anteriores y promovió la reconciliación nacional –amnistías para la aristocracia emigrada, para los jacobinos deportados, para la *chouannerie* contrarrevolucionaria–, pero al parecer no padeció remordimientos de conciencia por la ejecución del duque de Enghien, en un momento de recrudecimiento de la actividad conspirativa; fue sensible al amor, pero aceptó de buen grado el matrimonio por razones dinásticas con María Luisa de Austria.

Las principales bazas del éxito de Napoleón fueron, sin duda, una poderosa inteligencia, un agudo sentido de la oportunidad, una gran capacidad de improvisación y una decisiva alianza con la diosa Fortuna. Recibió los primeros favores de esta divinidad antes de nacer, pues la cesión de Córcega a Francia por parte de la República de Génova, en 1768, iba a ofrecer al niño que vendría al mundo al año siguiente, en Ajaccio, unas oportunidades incomparablemente superiores a aquellas de que hubiera disfrutado dentro del mundo soñoliento de la isla bajo la soberanía genovesa. En efecto, la familia Buonaparte había hecho una meditada elección a favor de Francia, de tal modo que el joven Napoleón pudo beneficiarse de una educación general y de una formación militar que le permitirían avanzar muchos pasos en el sentido de sus aspiraciones. Todavía, sin embargo, hubo de vencer la llamada de su tierra natal, la sugestión de desempeñar un papel relevante en la Córcega dirigida por Paolo Paoli, como gobernador del rey constitucional Luis XVI. En esa tesitura, sus discrepancias con el líder corso, la sublevación de su propio regimiento, la animadversión de Paoli contra la recién proclamada República Francesa y el rebrote del nacionalismo corso, que consideraba a los Buonaparte como enemigos de la patria y colabora-

**Carlos Martínez Shaw** es catedrático de Historia Moderna, UNED.

***Napoleón cruzando el Puente de Arcola*, por Antoine-Jean Gross, una muestra del arte áulico heredado del Antiguo Régimen, que el Emperador utilizó con fines propagandísticos.**



**El fusilamiento del duque de Enghien**, en 1804, en la fortaleza de Vincennes, por un error accidental o deliberado en las comunicaciones, nunca provocó remordimientos a Napoleón.

cionistas profranceses, fueron un haz de motivaciones que, al tiempo que obligaba a toda la familia a salir de la isla en junio de 1793, ocasionó una crisis definitiva en el pensamiento de Napoleón que, a partir de entonces, se entregó definitivamente a la causa de la Francia revolucionaria. Poco después, esta decisión quedó simbolizada por un deliberado cambio de nombre: Buonaparte dejó paso a Bonaparte.

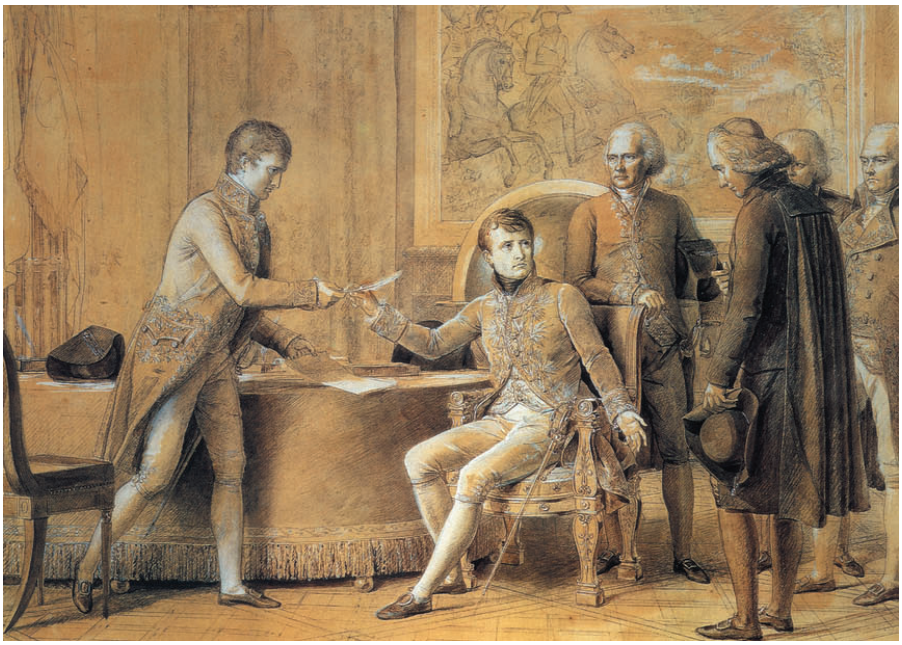
De esta forma, Napoleón desembarca en el verano de 1793 en la base naval de Toulon, justamente cuando acaba de estallar el movimiento federalista que sacude todo el sur de Francia. Una proclama política a favor del partido de La Montaña, que atrae la atención de los convencionales, señala el inicio de una carrera fulgurante, que se consolida con su primer gran éxito militar, la dirección de la decisiva ofensiva de la artillería, que permite la recuperación de la plaza por el Gobierno de París, en diciembre de aquel 1793. Comienza la leyenda militar del *petit caporal*, que es ascendido inmediatamente a general de brigada.

La caída de los Robespierre (Maximilien y Augustin, este último su protector directo) compromete la carrera de Napoleón, demasiado vinculado a los dirigentes del Comité de Salud Pública. Un primer intento de rehabilitación por parte de las nuevas autoridades tropieza con la negativa de Napoleón a aceptar, en mayo de 1795, un despacho en el ejército del Oeste. En este presunto traspiés se revela una inteligente decisión de su parte, que, al mismo tiempo que rechaza implicarse en una penosa acción de retaguardia contra los *chouans* de La Vendée, puede quedarse en París sin ninguna función concreta, a la espera de la oportunidad que pueda brindarle una situación política extremadamente fluida. La ocasión se presenta cuando el vizconde Paul de Barras, uno de los componentes del Directorio, le nombra segundo comandante del ejército del Interior y le encomienda poner fin a la soterrada conspiración realista. Napoleón acaba con la sublevación monárquica mediante la acción militar del 13 Vendimiario del año IV (el 5 de octubre de 1795). Es nombrado general de división del ejército del Interior y, más tarde, comandante en jefe del ejército de Italia. De este modo, las campañas en tierras italianas, con las memorables victorias de Arcola (noviembre, 1796) y Rívoli (enero, 1797), la firma de la Paz de Campoformio (octubre, 1797) y la creación de las repúblicas Ligur y Cisalpina, permiten consolidar la fama del "general Vendimiario".

## Golpe de mano en París

Entretanto, en París la victoria del ala derecha en las elecciones de abril de 1797 había agudizado el conflicto entre el Cuerpo Legislativo y el Directorio. Ante una nueva amenaza de restauración monárquica, fue Barras una vez más quien tomó la iniciativa de preparar metódicamente un golpe de Estado. Durante el verano de 1797, Barras fue introduciendo en los alrededores de París varios destacamentos militares, antes de entrar en contacto con Napoleón que, imposibilitado de abandonar Italia, envía al general Augereau para que proceda en la madrugada del 18 Fructidor (4 de septiembre) a la ocupación militar de la capital, permitiendo la depuración del Cuerpo Legislativo y el nombramiento del segundo Directorio. De este modo, con sus acciones de Vendimiario y de Fructidor, Napoleón había conseguido desbaratar la conjura contrarrevolucionaria y se había convertido en árbitro de la suerte de la República. El siguiente paso sería encarnar personalmente la defensa de la Revolución.

**Pío VII**, que asistió a la coronación de Napoleón en 1804, le excomulgó por la ocupación francesa de los Estados Pontificios.



***Bonaparte firma el Concordato el 16 de julio de 1801***, por François Gérard. Con el acuerdo se llegó a un equilibrio entre los principios de la Revolución y las exigencias de la Iglesia.

Sin embargo, antes de franquear ese último umbral, Napoleón emprenderá una de sus más célebres aventuras. Así, como alternativa a la invasión de Inglaterra –que seguía siendo el principal enemigo de Francia–, Napoleón propuso al Directorio la organización de una expedición a Egipto. Aunque, desde el punto de vista estratégico, la ocupación del territorio egipcio significaba proyectar una amenaza contra la India, la pieza clave del imperio ultramarino británico, otros motivos de índole personal debieron jugar en la decisión de Napoléon: Oriente era un mundo fabuloso, donde se habían formado los grandes imperios de la Historia, donde se conservaban los más grandes vestigios de la Antigüedad, donde estaban enclavados los Santos Lugares. Ahora bien, si la batalla de las Pirámides fue un nuevo éxito de la infantería francesa mandada por Napoleón –que presentó una formación en cuadro contra la que se estrellaron las sucesivas avalanchas de la caballería mameluca– y si el "sueño oriental" de Napoleón –con sus perdurables frases grandilocuentes y sus valiosos hallazgos científicos– contribuyó en no poca medida a la leyenda napoleónica, la falta de un respaldo naval suficiente condenó la empresa egipcia al fracaso, tras la destrucción de la flota gala por el almirante Horatio Nelson en la rada de Abukir (agosto, 1798), que dejó al ejército francés prisionero en África.

## Un año en Oriente

Una vez más, la combinación entre inteligencia, sentido de la oportunidad y fortuna fue la aliada de Napoléon, que, después de deambular durante un año por Egipto y Siria, consigue escapar de la ratonera en que se había deslizado burlando a la flota inglesa y desembarcando en Fréjus para continuar viaje hasta París, donde llega a mediados de octubre de 1799, justo a tiempo para ponerse al frente del definitivo golpe preparado por el Directorio contra la oposición. El 18 Brumario (9 de noviembre) Napoleón desarrolló ante el Senado, instalado –al igual que los diputados del Consejo de los Quinientos– en el Palacio de Saint-Cloud, un discurso que, esgrimiendo el peligro de una vuelta al terror y la necesidad de suspender una Constitución ya violada tres veces, reclamaba para sí poderes extraordinarios que se comprometía a asumir sólo hasta el restablecimiento de la normalidad. Ante el fracaso del intento de repetir la arenga ante los Quinientos, algunos de cuyos miembros llegaron a

## Europa napoleónica

Desde la costa atlántica francesa hasta el extremo oriental de Polonia y desde Waterloo, en Bélgica, a Ajaccio, en Córcega, pasando por Balestrino, en Italia, y Jena, en Alemania, una quincena de municipios europeos se constituye oficialmente este 3 de diciembre en Federación Europea de Lugares y Ciudades Napoleónicos, en una ceremonia que tendrá lugar en la capital corsa.

La idea es asociar a las ciudades que se vieron afectadas de una u otra forma por la Historia napoleónica, en un período comprendido entre la Revolución Francesa, en 1789, y 1870, que marcó el principio de la caída del Segundo Imperio.

La idea original partió de las ciudades Pultusk y Balestrino, que buscaban estructuras y medios para financiar la rehabilitación de su patrimonio arquitectónico. La creación de esta red entre escenarios asociados al Emperador debe ayudar a desarrollar el turismo histórico y cultural y reforzar el sentimiento de pertenencia a la vez a un municipio y a Europa, simultáneamente.

Una de las ciudades emblemáticas del proyecto es la localidad de La Roche-sur-Yon, ejemplo de urbanismo del Primer Imperio, que combina fines militares y de administración civil, y que fue refundada por decreto imperial hace ahora dos siglos.

***Bonaparte entra en Egipto***, donde recibe el saludo de los *beys,* que llevan la enseña tricolor de la República francesa, según un grabado propagandístico de la época (París, B. Nacional).

zarandearle, Napoleón decidió recurrir a las armas, disolviendo los Consejos e imponiendo a los senadores y diputados que se quedaron la sustitución del Directorio por una Comisión consular ejecutiva, compuesta por el abate Sieyès, Roger Ducos y el propio Bonaparte, que veía abiertas ante sí las puertas para la instauración de su gobierno personal.

Proclamado sucesivamente cónsul (noviembre, 1799), primer cónsul (diciembre, 1799), cónsul vitalicio (agosto, 1802) y Emperador (mayo, 1804), es el momento de valorar la obra de gobierno de Napoleón a lo largo de sus quince años como primer mandatario de Francia. Un gobierno que fue ejercido de modo autoritario, sin que su voluntad personal encontrase serios contrapesos, pero que se puso al servicio de la institucionalización de las conquistas revolucionarias: la primacía de la Constitución, la separación de los poderes, la igualdad de todos ante la ley, la garantía de los derechos individuales –incluyendo la libertad de conciencia– y la proclamación del Estado laico y tolerante con las creencias de los ciudadanos.

La institucionalización necesitó de un gran esfuerzo normativo, hasta tal punto que algunos autores han visto en Napoleón un nuevo Justiniano. Primero, procedió a la creación de unas nuevas estructuras administrativas, que siguieron un modelo altamente centralizado y uniformizado, tanto en lo relativo a los principales órganos de gobierno como en el campo de la administración territorial –las prefecturas departamentales–. Segundo, promulgó una serie de códigos –de procedimiento civil, comercial, de instrucción criminal, penal–, entre los cuales hay que destacar el código civil de los franceses, el famoso *Code Napoléon* (marzo, 1804), que iba a servir de prototipo para muchos otros países. Tercero, se encargó de la reorganización del sistema judicial –aunque aquí los gobiernos revolucionarios lo habían hecho casi todo–, del sistema financiero –con la creación del Banco de Francia, entre otras medidas– y del sistema educativo –con la creación de los liceos de segunda enseñanza y de la universidad que sería llamada napoleónica–. Finalmente, reorganizó o creó una serie de instituciones científicas llamadas a una larga vida: el Museo de Historia Natural, el Instituto Nacional de Ciencias y Artes, el Colegio de Francia.

## Estado laico, Iglesia leal

Un aspecto clave fue la solución de la querella eclesiástica. Deísta convencido, Napoleón trató la problemática religiosa como una más de entre las cuestiones de Estado. Su máximo logro, uno de los que han encontrado un eco más unánimemente favorable entre los especialistas, fue la firma del Concordato de julio de 1801, que llegaba a un equilibrio estable entre los irrenunciables principios de la Revolución y las exigencias esgrimidas por la Iglesia Católica. La proclamación del Estado laico no consentía ni una religión oficial ni una iglesia privilegiada, de modo que, reconociendo como un hecho que el catolicismo era la religión de la mayoría de los franceses, pudo conceder a la Iglesia Católica el libre ejercicio de su misión dentro de la esfera de lo espiritual y pudo acordar un sueldo a sus ministros (obispos y párrocos) a cambio del juramento de lealtad al Gobierno,

dentro de una Constitución que contemplaba la libertad de conciencia.

El Concordato –y, todo hay que decirlo, la esperanza de recuperar los territorios de las Legaciones de Bolonia, Ferrara y Rávena– allanó el camino a la venida a París de Pío VII para la solemne coronación del Emperador en la catedral de Nôtre-Dame (diciembre, 1804). Las desavenencias posteriores estarían unidas más que nada a la ocupación francesa de los Estados Pontificios (mayo, 1809), que decidió al Papa a la excomunión del Emperador.

## Genio militar y errores de cálculo

No parecen existir serias discrepancias sobre la capacidad militar de Napoléon, presentado frecuentemente como un nuevo Alejandro. Muchas de sus acciones bélicas han quedado como ejemplos de perfecta estrategia, combinando un cuidadoso plan de combate con un asombroso sentido de la improvisación en los momentos puntuales en que se decidía la suerte de la batalla. Así, gozan de justa fama algunas de sus más brillantes victorias, como las del Puente de Arcola, donde sus 15.000 hombres consiguieron derrotar a los 40.000 del ejército austríaco; Austerlitz, donde la deliberada falta de protección de su flanco izquierdo indujo al enemigo a sustraer fuerzas de su sección central, sobre la que se desencadenó el ataque principal de las tropas francesas; Jena, donde la mitad del ejército prusiano fue deshecho en pocas horas por un ataque fulminante, mientras Davout hacía lo propio con la otra mitad en Auerstädt; Wagram, donde la inspiración de Napoleón alcanzó una de sus más altas cotas, al evitar el hundimiento de Masséna con las cargas de caballería de Lassalle y al destrozar el centro austríaco con la irrupción de las tropas mandadas por el príncipe Eugène de Beauharnais. El capítulo de los logros militares, por último, no se puede disociar de la capacidad de reclutamiento (unos 600.000 hombres), ni de las innovaciones en materia de organización e instrucción militar –incluyendo la creación de las célebres academias de artillería e ingenieros, de caballería de Saint-Germain y de infantería de Saint-Cyr–, ni de la capacidad del selecto grupo de generales y mariscales que dirigieron los distintos cuerpos de ejército, ni del valor de la mítica Guardia Imperial o *Vieille Garde*, con sus más de cien mil hombres fervorosamente leales al Emperador.

***El ejército francés cruza la sierra de Guadarrama***, en diciembre de 1808, por Nicolas Antoine Taunay. La invasión de España fue el primer error estratégico de Napoleón.

Sin embargo, también se le han reprochado algunos errores de cálculo, aunque estos fallos no se produjeran en el campo de batalla, sino en la soledad del despacho. Napoleón desdeñó el papel de la marina en la guerra europea, como se puso de manifiesto en la campaña de Egipto o en las órdenes giradas al almirante Villeneuve con ocasión de Trafalgar. Del mismo modo, acostumbrado a los combates en campo abierto de los ejércitos regulares, no fue capaz de prevenir otras modalidades de la guerra, como fue el caso de la guerrilla de España o del rechazo a presentar batalla campal de Rusia, de modo que, en el primer caso, el ejército se vio

## Mimado por la Historia

Napoleón es posiblemente el personaje histórico que cuenta con una bibliografía más abundante. Sus acciones ya impresionaron vivamente la mente de sus contemporáneos, y desde entonces hasta nuestros días el interés por su figura y su obra no ha dejado de crecer continuamente. De ahí que los títulos que se ocupan de su biografía o que discuten los distintos aspectos de su actuación política o militar sean tantos que, a veces, lograr una síntesis constituya una tarea titánica para los especialistas.

A esta circunstancia hay que unirle una segunda no menos relevante. Napoleón es un personaje controvertido, que ha disfrutado de una leyenda heroica pero que también ha padecido de una leyenda negra. Ya en 1949, el historiador Pieter Geyl publicó un libro donde se analizaban las distintas valoraciones realizadas por los estudiosos franceses hasta la fecha de edición de su obra, con el significativo título de *Napoleon For and Against*. Si ahora añadimos el medio siglo transcurrido y los autores de otras nacionalidades, las opiniones a favor y en contra se multiplican hasta extremos considerables. Y, sin embargo, a pesar de las dificultades, los progresos de la investigación histórica sobre bases científicas permiten hoy encontrar una base de acuerdo sobre la casi totalidad de las cuestiones que se refieren a las cualidades humanas, políticas y militares del Emperador.

**Napoleón en 1805**, con toda la parafernalia de la dignidad imperial, por Françóis Gérard (Palacio de Versalles).

sometido a un continuo desgaste de efecto desmoralizador y, en el segundo, abocado a la persecución de un enemigo invisible, que sólo dio la cara cuando las tropas francesas se batían en una penosa retirada a través de un espacio inmenso y bajo el acoso de una implacable meteorología. Fruto amargo de esas carencias, el poder de la flota francesa (y también de la española) quedaría definitivamente quebrantado desde 1805, mientras la *Grande Armée* sufría en España 300.000 bajas y en Rusia cerca de 400.000, del total de 900.000 que costó el esfuerzo imperial.

## Exportar la Revolución

El objetivo principal de este esfuerzo ha sido valorado de modo muy diferente por los estudiosos. ¿Respondía al viejo sueño de la expansión de las fronteras francesas? ¿Fue una consecuencia lógica de las guerras desatadas por las sucesivas coaliciones europeas? ¿Formaba parte de un proyecto "carolingio" de parte del nuevo Emperador? ¿Fue un primer ensayo de "integración europea"? ¿Latió en el fondo la ilusión de un imperio universal? Pese a la necesidad de combinar las distintas motivaciones, es preciso concluir que si bien Napoleón tuvo en cuenta prioritariamente los intereses franceses (*"La France avant tout"*), también incluyó entre sus aspiraciones la republicanización de los territorios que iban cayendo bajo su órbita de influencia, la exportación de los valores de la Revolución Francesa a los demás países y, por ese camino, en suma, la modernización de Europa.

Napoleón Bonaparte fue, en definitiva, un hombre dotado de genio, capaz de percibir el rumbo de la Historia y capaz de definir su lugar en el desenvolvimiento de esa misma Historia. Un hombre que además contó con los favores tanto de Marte como de Minerva y con la protección permanente de la Fortuna. Su inspiración le permitió ocupar uno tras otro diversos puestos clave, desde donde influir en los trascendentales acontecimientos que se estaban produciendo en su época. De esta forma, cumplió la misión histórica de estabilizar la Revolución Francesa, de garantizar la supervivencia de sus principios, de difundir sus valores por toda Europa y, por tanto, en última instancia, de influir en el curso de la Historia universal.

La leyenda napoleónica empezó a construirse ya en vida del Emperador. Los primeros materiales para levantar el edificio a la gloria de Napoleón fueron sus propias declaraciones y los instrumentos de la propaganda oficial, desde los Arcos de Triunfo del Carrousel y l'Etoile o la columna de la Place Vendôme a las grandes pinturas conmemorativas de Jacques-Louis David –como el grandioso cuadro de Napoleón cruzando el San Bernardo o el más aparatoso de la Coronación imperial– y de sus discípulos, especialmente Antoine-Jean Gros, autor del bello y heroico lienzo dedicado a Napoleón cruzando el Puente de Arcola. Un arte áulico que, heredado del Antiguo Régimen, marca sin embargo al mismo tiempo la transición desde la sensibilidad neoclásica al triunfo del romanticismo.

Sus acciones también impresionaron vivamente la imaginación de sus contemporáneos, y no sólo entre los franceses, sino también en otros ámbitos, particularmente en aquellos que más poderosamente experimentaron la onda expansiva de la energía revolucionaria e imperial, como fueron Italia y Alemania.

## Admirado por la élite

Si en el primer caso basta recordar el sentimiento expresado por Alessandro Manzoni en su conocido poema *Cinco de Mayo*, en tierras de Alemania es bien conocida la intención de Beethoven de dedicar su *Tercera Sinfonía* a Napoleón, así como la admiración que Goethe sintió siempre por el Emperador, que a su juicio, a la altura del año 1807, representaba "el fenómeno más extraordinario que hubiera podido producir la Historia después de César y Alejandro", palabras a las que harán eco las primeras líneas de *La Cartuja de Parma,* de Stendhal, otro de sus incondicionales.

Su grandeza le sería reconocida incluso por algunos de sus enemigos, como el vizconde de Chateaubriand, que había roto con el Emperador tras el episodio del duque de Enghien y que, sin embargo, le dedicaría unas significativas palabras en un célebre pasaje de sus *Memorias de Ultratumba*: "Descender de Bonaparte y del Imperio a lo que le ha seguido es descender de la realidad a la nada, de la cima de una montaña a un precipicio ¿No ha terminado todo con Napoleón? ¿He debido hablar de otra cosa? ¿Qué personaje puede interesar fuera de él? ¿De quién y de qué puede tratarse después de semejante hombre? (...). Los mismos bonapartistas se habían replegado: el alma faltó al nuevo universo tan pronto como Bonaparte retiró su aliento, y los objetos se borraron desde que ya no fueron iluminados por la luz que les había dado el relieve y el color". Y Chateaubriand no fue el único en ver en Napoleón el meteoro que había surcado el cielo de Europa, el astro que había alumbrado un trascendental período de su Historia. ■

**BEETHOVEN LE DEDICÓ SU TERCERA SINFONÍA, MANZONI LE ENSALZÓ EN SUS POEMAS Y PARA GOETHE FUE UN "FENÓMENO EXTRAORDINARIO"**

# De Bonaparte a NAPOLEÓN

Desde 1799 hasta 1814, el gobierno de Napoleón no fue más que una férrea dictadura, en la que Bonaparte fue acumulando cada vez más poderes. **Manuel Moreno** se adentra en el entramado legal y la estructura burocrática y represiva organizada por el dictador

Napoleón entra de pleno en sus destinos: necesitó hombres, los hombres tuvieron necesidad de él, los acontecimientos lo hicieron posible, él hizo posibles los acontecimientos" (Chateaubriand).

A los 17 años, el joven Bonaparte comenzó a escribir una especie de novela que trataba de un aventurero austríaco que se hacía proclamar rey de Córcega con el nombre de Teodoro I. Era la historia de una aventura, en la que se resume la suya propia, al haber pretendido igualmente "contribuir a la felicidad de una nación". Por más que en su caso no se contentara con la "felicidad" de Córcega, su tierra natal. Pues lo mismo que Cromwell en el caso de Inglaterra, se propuso la felicidad de la nación francesa, y, poco después, en mayor medida que César, el dominio del mundo. Lo advertía ya, en la temprana fecha de 1800, un folleto que corrió por París con el título de *Paralelo entre César, Cromwell y Bonaparte*, que la policía atribuyó, sin que le faltara razón, a su hermano Luciano.

Dibujo preparatorio para su recreación de la **coronación de Napoleón**, por David.

**Manuel Moreno Alonso** es miembro de The International Napoleonic Society.

Justo en un momento en que nadie dentro o fuera de Francia podía imaginar que el flamante cónsul Bonaparte habría de convertirse, poco después, en el emperador Napoleón.

## La dictadura

Los hechos prueban que, durante el Directorio, ni siquiera los republicanos más avezados fueron conscientes del peligro que podía suponer para los destinos de Francia el general Bonaparte. Ante el deterioro de la situación política, nadie podía imaginar que aquel militar de fortuna pudiera convertirse en el regenerador de la República. "Todo esto ocurre –llegó a decir Sieyès– porque entre nosotros sólo hay masas, y no una sola cabeza y un solo sable para ejecutar lo que la cabeza imagina". Pero, en la nueva situación, el famoso autor de *Qué es el Tercer Estado* se equivocó de plano. Allí estaba, por fin, después de diez años de revolución, el sable y la cabeza capaces de conseguir por fin la regeneración de Francia. Por esta razón, el historiador Albert Soboul ha llamado al 18 de Brumario, que fundó el poder absoluto de Bonaparte, un "día de los inocentes".

En la ajetreada vida del Directorio fueron muchos los que pensaban cada vez más en la necesidad de un golpe de fuerza. Entre los mismos diputados eran numerosos los contrarrevolucionarios. No se hablaba de otra cosa que de conspiradores "anglo-realistas". La nueva mayoría de los Quinientos llegó a nombrar como presidente a un conspirador reaccionario tan conspicuo como el general Pichegru, denunciado como traidor por los propios republicanos, a la vez que votaba un proyecto de amnistía en favor de los emigrados. El recurso al ejército se vislumbraba ya en el horizonte. Sobre todo una vez que tras el 18 de fructidor (4 de septiembre de 1797, en que los "triunviros" ordenaron el arresto de Carnot y Barthélemy, y el general Augereau cercó Las Tullerías), las tornas se cambiaron. Y numerosos diputados fueron condenados, sin juicio previo, al destierro. Al mismo tiempo, se restablecían las leyes contra los emigrados y los sacerdotes.

Pero el golpe de Estado de fructidor fue efímero. Y aunque la contrarrevolución parecía vencida, la dictadura del ejército se presentía. De hecho el segundo Directorio se convirtió en una dictadura contra los emigrados, contra los sacerdotes, contra los refractarios y contra cualquier "agente político" de la contrarrevolución. Incluso hasta contra los constitucionales, cuando se negaban a prestar juramento de odio a la realeza o, simplemente, no observaban las leyes de la Convención que prohibían las manifestaciones externas del culto.

Anverso y reverso de una **moneda de un franco del año XI**. En febrero de 1800, Napoleón creó el Banco de Francia.

Por ello, evidentemente, para encauzar y estabilizar la situación era necesario en verdad "una sola cabeza y un solo sable". Y los acontecimientos determinaron que "para ejecutar lo que la cabeza imagina" no había más opción que la de Bonaparte.

Y la llegada de Bonaparte a Francia, después de la campaña de Egipto, acabó por decidir la situación. "Aquí está vuestro hombre", dijo el general Moreau a Sieyès. Y no se equivocó.

Frente a Moreau, por ejemplo, que toleraba la propaganda realista en su ejército del Rin, y conspiraba abiertamente con Pichegru en contra del régimen, el ausente Bonaparte era el hombre de la situación. Sus campañas en Italia, y después en Egipto, le habían hecho famoso ante el pueblo. Y su reputación ante el ejército, integrados por tantos viejos *sans-culottes,* era el de un republicano leal, que había hablado de libertad e incluso de paz. Y los hechos se encargaron de demostrar que aquella prodigiosa cabeza no tardó en conseguir lo que el Directorio no fue capaz de lograr: pacificar el país, conquistar a la juventud, y recoger los frutos positivos de la Revolución.

A pesar de sus grandes poderes, el sistema dictatorial del Directorio dependía tanto del acuerdo, siempre difícil, de los propios directores como de la suerte de las elecciones y de las oposiciones internas por parte de unos y otros. Por ello, la dictadura impuesta por Napoleón tras el 18 de Brumario, terminó restaurando el poder absoluto de un hombre. Y cosa digna de notarse: nadie pareció darse cuenta de ello de momento. Pues la noticia fue acogida sin un relieve especial. Aparentemente se trataba de otro golpe de Estado más. No dejó de sorprender, sin embargo, la juventud del nuevo dictador: 30 años en el momento de dar el golpe de 1799.

Desde entonces hasta el final del dictador en 1814, el gobierno del general Bonaparte, que de simple ciudadano se convierte en 1804 en emperador, no será otra cosa que una férrea dictadura. Pero una dictadura que sólo fue realista en la ejecución. Pues como señalara el gran historiador George Lefebvre, en el proyecto "nada puso freno a su imaginación: ni la lealtad dinástica de un Richelieu, ni la virtud cívica del patriota o el idealismo del revolucionario, ni el freno moral y religioso del creyente".

**Napoleón, rodeado de su familia,** en la terraza del Castillo de Saint-Cloud, en 1810, por Louis Ducis, Palacio de Versalles.

Ahora bien, a pesar de sus numerosos detractores, ejerció la dictadura absoluta de tal forma como la Historia, doscientos años después de su aventura, lo tiene perfectamente juzgado.

Desde luego, a diferencia de la época de desorden y permanente inestabilidad de los años revolucionarios, el nuevo régimen dictatorial supo poner en marcha un proyecto conciliador que gustó a los franceses. En la nueva Constitución del año VIII, puesta en vigor el día de Navidad del mismo 1799, no se incluía ya la Declaración de Derechos. Todo el poder era para el dictador en su calidad de Primer Cónsul. Con la particularidad de que el poder del dictador fue haciéndose cada vez mayor tras la realización en la práctica de verdaderos golpes de Estado sucesivos, que culminaron con la proclamación del Imperio.

## El nuevo Estado

Los historiadores de la Revolución están de acuerdo en admitir que Napoleón, tras el golpe de Brumario de 1799, sólo pudo imponerse a la nación manteniendo lo esencial de la obra revolucionaria, que el mismo Directorio había consolidado. Y desde el primer momento quedó claro que la reorganización del aparato del Estado, aunque con concesiones inoperantes a la galería, estaba en manos firmes. El dictador controla todo: nombra a los alcaldes en los municipios de más de cinco mil habitantes, a los subprefectos en los distritos y a los prefectos en los departamentos. Y de hecho el prefecto, reclutado del antiguo personal revolucionario moderado, se convirtió en el verdadero responsable de la administración.

El dictador, ciertamente, había demostrado gran valor en los campos de batalla, y no le faltaron cualidades de administrador y de hombre de Estado en Italia y en Egipto. Desde luego, tenía grandes desconocimientos en cuestiones económicas y jurídicas. Pero frente a los hombres del Directorio, sus ideas las tenía muy claras. A los prefectos les hizo saber que su primer cuidado era acabar totalmente con la "influencia moral" de unos sucesos que seguían dominando desde hacía ya demasiado tiempo. El dictador supo presentarse desde el principio como el pacificador. "Haced que cesen las pasiones odiosas, que se apaguen los resentimientos, que se borren los recuerdos dolorosos", ordenó a los prefectos. "En vuestros actos públicos, y hasta en vuestra vida privada –les recomendaba–, sed siempre el primer magistrado del departamento, nunca el hombre de la revolución".

Como era de prever, el dictador

**Los expertos señalan que Napoleón sólo pudo imponerse a la nación manteniendo lo esencial de la obra revolucionaria**

potenció el carácter policial del régimen. Antes de la creación de un Ministerio de Policía General en 1804, los primeros agentes policiales fueron los mismos prefectos que estaban facultados para enviar *lettres de cachet* contra los sospechosos políticos. Fouché como ministro y Desmaret como director de la Sureté, convirtieron a la policía en un servicio de inteligencia permanente, que lo mismo vigilaba la correspondencia o practicaba todo tipo de detenciones que velaba por la seguridad del Estado, cometiendo todo tipo de atropellos. Los mismos, ni más ni menos, que en cualquier dictadura.

Después de diez años de luchas internas, el dictador había conseguido dar paz a los franceses. Y a los ojos de éstos, los excesos de seguridad quedaban justificados. Y, aunque en el fondo, el sistema del Estado napoleónico nunca se estabilizó, los logros hablaban por sí solos. La inmensa mayoría de los franceses estaba contenta con lo conseguido casi por ensalmo: la igualdad civil, la abolición definitiva de los abusos señoriales, la venta de los bienes nacionales o la conquista para Francia del respeto exterior. Y todo ello a pesar de que el autoritarismo se fue apoderando cada vez más de la República, y la centralización se fue haciendo cada vez mayor.

Napoleón –ha escrito un historiador napoleónico– fue "un genio que inventó la *grande guerre* y la policía superior". Ciertamente no inventó la dictadura, pero modernizó ésta hasta un grado extraordinario. Su ideal fue –ha escrito Soboul– tener una ficha "al día" de toda persona con una cierta influencia, y hasta crear una "estadística personal y moral" del Imperio. En este sentido, no puede discutirse que de 1800 a 1814, Francia vivió bajo el "régimen de la ley de sospechosos". Fue el precio del despotismo. La represión policial escapaba al control judicial. Ningún periódico podía aparecer sin la autorización del ministro de la Policía. Y, al final, hasta un decreto de 1810 decidió que en cada departamento sólo habría un periódico, bajo la autoridad del prefecto.

**Joseph Fouché, ministro de Policía General**, la convirtió en un servicio de inteligencia permanente, característico de las dictaduras.

El *gran dictador* puso en funcionamiento su Estado sobre la base de los prefectos, la policía y los senadoconsultos. La soberanía nacional se seguía proclamando, lo mismo que las prerrogativas del poder legislativo –dividido en tres asambleas para restarle fuerza–. Pero nadie se engañaba, el único que mandaba era Bonaparte. "El principio democrático –decía uno de sus senadoconsultos orgánicos de la Constitución del año X– (es) elemento absoluto de todo gobierno libre, pero ahora se encuentra combinado con más acierto". Y como todo dictador, justificaba sobradamente su fuerza con la ratificación popular. Pues, en realidad, Bonaparte, convertido como emperador en Napoleón, gobernó para el pueblo y por el pueblo como un déspota ilustrado del Antiguo Régimen.

## La Francia napoleónica

Para el pueblo y por el pueblo reformó la administración, implantó la reforma judicial y fiscal y reorganizó el sistema bancario. En 1800, precisamente, se creó el Banco de Francia, con la consiguiente reforma monetaria. Medidas que iban de acuerdo con el mundo de los negocios. En favor de la felicidad del pueblo, el dictador, encerrado en Las Tullerías con sus secretarios de turno, fue capaz de crear una nueva burocracia, formada por competentes funcionarios y empleados, muchos de ellos procedentes de la monarquía, que dotaron al Estado de una eficacia nunca conseguida ni durante el Antiguo Régimen ni durante la Revolución. Y en todas las facultades: cultos, instrucción pública, dirección de puentes y caminos, tesoro o ejército. Ellos fueron verdaderamente los responsables, bajo las directrices del dictador, de las grandes leyes y del Código Civil.

A lo largo de la dictadura de Napoleón (1799-1814) se produjo una simbiosis entre el dictador, primero como

Primer Cónsul y después como Emperador, y Francia. Muchos brumarianos quedaron decepcionados desde luego, por no hablar de los jacobinos o de los monárquicos. Madame de Staël llegó a confesar incluso su deseo de que el dictador fuera derrotado, como único medio de detener los progresos de la tiranía. Y se conspiró largo y tendido para acabar con la vida del tirano. Pero, a pesar de los excesos del sistema e incluso del terror, los franceses lo idolatraron. Incluso hasta sucesos adversos como la carestía inusitada de 1802, que se cebó sobre las clases populares, actuó en su favor, al presentarse el dictador como el defensor de la sociedad.

## Dinero y apoyo social

Sus dictados económicos estuvieron orientados a las mejoras de las clases populares, por más que, en el fondo, le trajera sin cuidado la instrucción del pueblo, por ejemplo. Adorador del dinero, Bonaparte tenía muy claro que su régimen tenía que basarse en una economía próspera y productiva, que, en definitiva, era lo que garantizaba el mantenimiento del orden y aseguraba el mismo apoyo popular. Y hubo períodos de la dictadura, como, por ejemplo, el de 1807 a 1810, caracterizados por la prosperidad y el crecimiento. Quizás fueron los años más felices, coincidiendo con el optimismo producido por el entendimiento de Tilsit y las grandes victorias en Europa. Y cuando todavía no era demasiado visible la "úlcera" de España, ni la crisis general afectó al sector industrial o al agrario, como sucedió inmediatamente después.

Promulgado el 30 de ventoso del año

## Napoleomanía en Francia

Los retratos de Napoleón demuestran que era casi calvo; tal vez por culpa de los inagotables mechones de su pelo que aparecen en las subastas". Jean Tulard, historiador especializado en napoleomanía, goza con la esquizofrenia de sus compatriotas: "Adoran al general Bonaparte y pretenden ignorar al Emperador, pero conmemoran el bicentenario de la Coronación con un rosario de exposiciones". Cuatro muestras importantes en París y otras cuatro en sus alrededores puntúan este homenaje. Son éstas:

DATOS ÚTILES

Le Sacre de Napoléon peint par David
Louvre, Aile Denon. www.louvre.fr
*Hasta el 17 de enero*
Napoléon amoureux: bijoux de l'Empire
Chaumet, 12, place Vendôme
*Hasta el 2 de diciembre*
Images du Sacre de l'Empereur
Musée de l'Armée, 129,
rue de Grenelle.www.invalides.org
*Hasta el 12 de enero*
Les trésors de la Fondation Napoléon.
Dans l'intimité de la Cour impériale
Musée Jacquemart-André, 158 bd Haussmann
www. musee-jacquemart-andre.com
*Hasta 3 de abril*
Bijoux des deux Empires. 1804-1870.
Mode et Sentiment
Musée de La Malmaison, tel. 01 41 29 05 93
*Hasta el 28 de febrero*
Le Pape et l'Empereur
Musée du Château de Fontainebleau
Tel. 01 60 71 50 70
*Hasta el 24 de enero*
La pourpre et l'exil. L'aiglon et le Prince imperial
Château de Compiègne, tel. 03 44 38 47 00
*Hasta el 7 de marzo*
Les Clémences de Napoléon
Bibliotheque Paul-Marmottan
www. boulogne-billancourt.com
*Hasta el 29 de enero*

**La emperatriz María Luisa**, con el aderezo de rubíes y diamantes que Napoleón encargó para ella, por R. Lefébvre, 1812, París, Colección Chaumet.

***Napoleón visitando la enfermería de los Inválidos***, en febrero de 1808, por Alexandre Veron-Bellecourt (Palacio de Versalles).

XII (21 marzo 1804), el Código Civil de los franceses sintetiza los logros de la Francia napoleónica. Su objetivo fue instituir la paz, ciertamente una "paz burguesa", que imponía a todos los ciudadanos las nuevas reglas del juego. Con la organización de las relaciones privadas, se aseguraba el buen funcionamiento del sistema económico instaurado por la burguesía, en evidente perjuicio tanto de la aristocracia como de las clases trabajadoras. Su objetivo no fue otro que mantener lo conseguido tras las discordias revolucionarias, y mantener el nuevo orden establecido, en flagrante contradicción a veces con el principio de igualdad jurídica. En cualquier caso, para el dictador, el Código Civil, convertido en la *biblia* de su régimen, tuvo un carácter no sólo nacional. Pues lo impuso, igualmente, en los territorios que anexionaba, lo mismo en el Ducado de Varsovia que en Hamburgo o en Danzig. En octubre de 1807, cuando se preparaba para la aventura de España, ordenó que "a partir del primero de enero, el código napoleónico fuera la ley de sus pueblos".

En un período tan corto de tiempo (1799-1814), el dictador llevó a cabo una obra inmensa en todos los ámbitos de la vida del país. Consiguió integrar el mercado nacional. Reorganizó las bolsas. Creó las cámaras de comercio y manufacturas. Creó sociedades para el fomento de la Agricultura y de la Industria. Consiguió la paz con la Iglesia. Ilusionó a los funcionarios con el ascenso social y a la población en general con la Legión de Honor. Y por supuesto contentó, muy especialmente, a los militares, que a fin de cuentas fueron quienes hicieron posible las conquistas del Imperio. También encandiló, incluso, a los extranjeros. Aspectos todos ellos que forman parte de la leyenda napoleónica, a pesar de que la antigua Francia perdió más de un millón de hombres en aquella prodigiosa aventura. ■

## Frialdad oficial

El carácter dictatorial que presidió el mandato de Napoleón Bonaparte y su agresiva política exterior ha hecho que gran parte de la clase política francesa, que participó entusiasmada en los fastos del segundo centenario de la Revolución, hace ahora quince años, se distancie con igual fuerza de la *napoleomanía* que parece haber invadido el país, en el segundo centenario de la coronación del militar corso.

Empezando por el propio presidente Jacques Chirac, que se ha desmarcado de la fecha y ha anunciado que no asistirá a ninguno de los actos programados, por no estimar que el comportamiento del Emperador, estuviera acorde con el espíritu y los ideales de la Revolución Francesa.

El gesto, dirigido tanto a la opinión pública como a los gobiernos extranjeros, ha sido recibido con frialdad y tachado de demagógico por algunos historiadores. Es el caso de Jean Tulard, un historiador especializado en el período napoleónico, que declaró: "Comprendo que el presidente de la República no desee participar en las manifestaciones que proclaman la llegada del Imperio. ¡Pero el peligro de ver reestablecida una monarquía hereditaria hoy parece mínimo, a pesar de la *napoleomanía* existente!".

Pero el rechazo no se ha ceñido sólo a la clase política. También la jerarquía eclesiástica ha huido de cualquier gesto que sonase a nostalgias imperiales. Así, el arzobispo de París, monseñor Lustiger, se ha negado a autorizar que se interpretase en Nôtre-Dame *La messe du Sacre*, una composición de Pasallo y Lessuer que requiere simultáneamente dos orquestas sinfónicas para su interpretación.

*Alegoría de la rendición de Ulm*, el 20 de octubre de 1805, por Antoine-François Callet, Palacio de Versalles.

## Un sueño imposible

# EL IMPERIO

A diferencia de algunos de sus predecesores, Napoleón se vio convertido en emperador, casi sin habérselo propuesto. Pero su gran error de cálculo, estima **Manuel Moreno**, fue que pensó en extender su poder y su ideario por una Europa imaginaria, como se vio en España y Rusia

Siete años antes de la proclamación del Imperio en 1804, el general Bonaparte tenía ya muy claro que la República francesa era en Europa lo que "el sol en el horizonte". Se lo dijo, a resultas de sus éxitos imparables en el norte de Italia y en los Alpes, primero, a los austríacos, en el cuartel general francés, en el Castillo de Eggenwald, cerca de Leoben, a poco más de un centenar de kilómetros de Viena. Y, después, al propio Directorio, al darle cuenta de las conversaciones con los plenipotenciarios austríacos, que se obstinaban aún en no reconocer a la República francesa.

Transcurría entonces el mes de germinal del año V (abril de 1797). Siete años después, en frimario del año XII, todo el mundo pudo comprobar que la República francesa, transformada en Imperio era una realidad. Y que "el sol en el horizonte" no era otro que el propio general Bonaparte, convertido, hasta con las bendiciones del Papa, en el Emperador de Francia, y, muy pronto, en el señor de Europa.

**Manuel Moreno Alonso** es profesor titular de Historia Contemporánea, U. de Sevilla.

El año 1804 es fundamental en la historia de Napoleón. Los preparativos para la invasión de Inglaterra van adelante. Como primer cónsul vitalicio, Bonaparte actúa realmente como un monarca. Dueño indiscutido del poder, elimina todo tipo de oposición a su voluntad con las detenciones de los generales Pichegru y Moreau. Y, el 21 de marzo, no duda en ejecutar al duque d'Enghien. Acusado de haber tomado las armas contra la República y de conspirar a sueldo de los ingleses, el Primer Cónsul actúa en defensa de la República y de la Revolución. De su parte cuenta con la voluntad de la nación y, lo que es más importante, con un ejército de 500.000 hombres.

## El Código Napoleón

El mismo día en que se ejecutó al duque, el 30 de ventoso del año XII (21 de marzo de 1804) se promulgó el Código Civil de los franceses, más tarde Código Napoleón. Preparado por una comisión creada cuatro años antes, el nuevo texto se erigía en garante, por encima de todo, del orden público. "El mantenimiento del orden público –se decía entre los motivos del Título preliminar– es la ley suprema en una sociedad. Proteger los convenios contra esa ley sería situar las voluntades particulares por encima de la voluntad general, lo que significaría disolver el Estado". La defensa a ultranza de la propiedad, consagrando la superioridad legal del empresario y recogiendo la Ley de Chapelier, que prohibía las coaliciones y las huelgas, convirtió al nuevo Código en la base del nuevo Estado. Al tiempo que consagraba la desaparición de los privilegios nobiliarios y proclama los principios de 1789: libertad de la persona, igualdad de todos ante la ley, libertad de conciencia, laicidad del Estado y libertad de trabajo.

Cuarenta días después de la promulgación por decreto del nuevo Código –que apareció a los ojos de la Europa del Antiguo Régimen como el símbolo de la Revolución–, y de la ejecución del duque d'Enghien, un miembro del Tribunado, llamado Curée y poco conocido, propuso la moción, el 30 de abril de 1804, de elevar a Bonaparte al poder supremo de Emperador, en agradecimiento a su defensa de la libertad. Aparentemente, la iniciativa provenía de un viejo revolucionario poco conocido, de donde el comentario de los enemigos de Bonaparte, según el cual "jamás amo más deslumbrante salió de la proposición de un esclavo más insignificante".

Como tantos otros ciudadanos de la República, Jean-François Curée era un admirador de Bonaparte. Antiguo miembro de la Convención, no votó la pena de muerte de Luis XVI y se mostró siempre defensor del orden. Partidario desde el principio del golpe de Brumario y ferviente defensor de un gobierno de orden, era miembro de la Legión de Honor desde meses antes de hacer la proposición que le haría famoso: "El siglo de Bonaparte se encuentra en su cuarto año; la nación quiere que un jefe tan ilustre vele por su destino". El *esclavo*, inútil es decirlo, sería ampliamente recompensado. Primero entró en el Senado y, después, fue hecho conde. A su celo se debieron después las proposiciones de erección de la Columna Vendôme. Su carrera terminó con la caída del Imperio y murió, con más de ochenta años, en 1835.

La proposición del Tribunado fue aceptada por el Senado, que la trans-

***Amanecer del 18 de Brumario***, el golpe de mano que colocó en sus manos el poder, ya que se le encargó la seguridad nacional de la República.

***La Batalla de Austerlitz***, una de las mayores victorias de Napoleón, tuvo lugar el 2 de diciembre de 1805, por Gérard, Palacio de Versalles.

formó en decreto, proponiendo a Napoleón como Emperador de los franceses. De esta forma, por consiguiente, Bonaparte, a diferencia de César o de Cromwell, se vio convertido en emperador sin esfuerzo alguno, casi sin habérselo propuesto. Pues lo que hizo fue aceptar la corona que se le ofrecía, convirtiéndose en una especie de Washington coronado, a propuesta de los propios ciudadanos y de las instituciones de la República. El 4 de mayo tuvo lugar la ratificación, y el 18 el mayo fue proclamado emperador en Saint-Cloud, en las mismas salas –diría con maldad Chateaubriand– donde Enrique III fue asesinado, Enriqueta de Inglaterra envenenada, y de donde María Antonieta partió para el patíbulo.

## La Constitución del Año XII

En el camino al Imperio, la propaganda bonapartista supo rentabilizar hábilmente el clima de indignación de gran parte de sus simpatizantes ante las noticias de las conspiraciones urdidas para asesinar a Napoleón. Y perfectamente dirigida, la prensa dio a conocer a sus lectores la necesidad de asegurar el poder del Primer Cónsul para conseguir la estabilidad del régimen. El cónsul vitalicio, que actuaba en la práctica como un monarca absoluto, no necesitó por consiguiente de un nuevo Brumario para llegar al Imperio. Muy por el contrario, a través de la propuesta del Tribunado, Napoleón, que aparentaba estar por encima de nuevos honores, se sintió llamado para ello, directamente, por el pueblo. Un hecho excepcional que el Senado no tuvo más remedio que aceptar mediante la consiguiente reforma constitucional. Así nació la Constitución del Año XII, que fue redactada rápidamente y promulgada bajo la forma de un senadoconsulto de 18 de mayo (28 floreal del año XII).

Con 142 artículos, la nueva Constitución establecía el nuevo régimen, el Imperio, y adaptaba a este régimen las antiguas instituciones. El artículo 1 de la nueva Constitución decía: "El gobierno de la república se confía a un emperador que toma el título de Emperador de los Franceses". El título fue escogido frente al de rey para de esta forma evitar la susceptibilidad de los revolucionarios. Y porque, evidentemente, seducía al propio Napoleón que, de esta forma, sobrepasaba en su omnipotencia a los reyes de Francia, entroncando con la propia idea imperial de Carlomagno.

El artículo 2 designaba el titular, Napoleón Bonaparte, sin precisar la esencia de su poder. El Imperio era un hecho. Y la dignidad pasaba a la descendencia directa del Emperador, quien, no teniéndola por el momento, podía escoger por adopción a su sucesor de entre los hijos de sus hermanos. Lejos de la idea de aceptar una dinastía a la manera de los Borbones, el Imperio se presentaba como una "dictadura" destinada a preservar las conquistas revolucionarias. Dentro del nuevo régimen, todos los representantes de la autoridad estaban obligados a prestar juramento ante el Emperador, de quien emanaba toda autoridad.

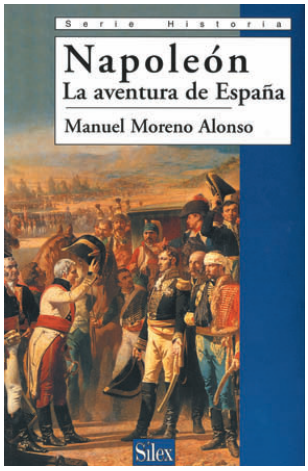
> CONSTITUCIÓN DEL AÑO XII: "EL GOBIERNO DE LA REPÚBLICA SE CONFÍA A UN EMPERADOR, CON EL TÍTULO DE EMPERADOR DE LOS FRANCESES"

Todo quedaba supeditado a la ratificación del nombramiento por parte del pueblo mediante el oportuno plebiscito que confirmara la designación. Sus resultados fueron hecho públicos el 6 de noviembre. A favor de la designación hubo una mayoría aplastante: 5.572.329 votaron a su favor; y sólo 2.569 en contra. Como es de suponer, detrás de la consulta popular estaba el propio Bonaparte, quien había dicho a Thibaudeau: "La apelación al pueblo tiene la doble ventaja de legalizar la prórroga y

## La obsesión española del Emperador

Desde el principio al fin, la aventura napoleónica en España fue el resultado de un craso error", escribe Manuel Moreno Alonso, al inicio de su original análisis, que acaba de aparecer, sobre el fracaso que supuso la invasión de España. Original, porque parte el autor del concepto tópico que tenían de España el Emperador y los franceses de su generación, basado en autores llenos de prejuicios que, a lo largo del siglo XVIII, acuñaron la imagen de una España arcaica y aletargada, cruel y sojuzgada por la Iglesia.

Napoleón, que según el autor "subestimó siempre a los otros y no tuvo jamás un plan", no entendió que el buen y atrasado pueblo español no sólo no le acogiera con agradecimiento, sino que incluso se permitiera humillar a sus ejércitos en el campo de batalla. Hasta tal punto fue España una obsesión, que en el exilio en Santa Elena, el Corso volvía una y otra vez su mirada a la herida española, como si aún




tratara de quitarse la espina clavada, como recogió Las Cases en su *Memorial*.

Una de las claves de la obra de Moreno Alonso, que la hace diferente a otros estudios del mismo tema, es precisamente afrontar el episodio desde el estudio de la mentalidad de sus protagonistas, sin que ello prive al texto del relato cronológico de los hechos, descrito con una prosa sobria, un tono no exento de ironía y de gran eficacia para transmitir su análisis de los hechos.

La obra aborda las relaciones entre España e Inglaterra, como uno de los hilos conductores que llevaron a Godoy a caer en la tela de araña napoleónica; el peso de la Historia francesa en la decisión de Bonaparte de emular al Rey Sol, Luis XIV, en su determinación de unir los destinos de España y Francia; la trampa de Bayona, en la que los Borbones pusieron en sus manos la Corona por estulta malicia, y la gran trampa en la que, a la hora de la verdad, cayeron los ejércitos franceses: el avispero español, que seguiría obsesionando a Napoleón hasta su última hora.

Arturo Arnalte

Manuel Moreno Alonso
*Napoleón. La aventura de España*
Madrid, Sílex, 2004,
317 páginas, 19 €

de purificar el origen de mi poder". Dentro y fuera de Francia el nombramiento causó un fuerte impacto. Muchos mostraron su disgusto. Fue el caso de Carnot, que fue el único en oponerse en público, o de no pocos convencidos republicanos, como ocurrió con el general Junot.

Entre los enemigos del nuevo emperador, desde Lafayette a Madame de Staël, la noticia cayó como una bomba. En el extranjero, algunos de sus admiradores quedaron seriamente decepcionados, como fue el caso de Lord Byron o el de Beethoven, que rompió la dedicatoria a Bonaparte de su Tercera Sinfonía para, a partir de entonces, llegar a sentir por el tirano un odio cada vez mayor, tan sólo atenuado por el final trágico del Emperador en Santa Elena. Mientras tanto, con gran actividad, se hacían los preparativos para la coronación del nuevo emperador, que tendría lugar el 2 de diciembre de 1804 en Nôtre-Dame de París.

En la actualidad, los historiadores están de acuerdo en que la proclamación imperial fue un recurso escenográfico para resaltar la figura del cónsul frente a los problemas internos del país. Los planes conspiratorios de la oposición habían llegado demasiado lejos. Y se temía, con la presumible desaparición del cónsul, una vuelta a la anarquía y a la guerra civil. Y, después de quince años de revolución, el país quería orden y estabilidad. Por esta razón, hasta el mismo Fouché no dudó en aconsejar a Bonaparte que pusiera en práctica su propósito de declarar el consulado hereditario. Con la existencia de un heredero, el régimen podía quedar asegurado. Pero el Primer Cónsul estaba dispuesto a llegar mucho más lejos. De momento, con el nuevo nombramiento, terminaba la era de Bonaparte y comenzaba la de Napoleón.

La proclamación del Imperio introdujo desde el principio importantes cambios. El 14 de mayo de 1804 fueron nombrados 18 mariscales. Y un senadoconsulto de varios días después (28 de floreal del año XII) preveía una organización del palacio imperial, conforme a "la dignidad del trono y a la grandeza de la nación". Se nombraba a cinco grandes dignatarios del Imperio que gozaban de los mismos honores que los "príncipes franceses" de la familia imperial, así como a 10 grandes oficiales civiles de la Corona. Aparecía de esta forma en la cima de la jerarquía una nueva aristocracia, que habría de actuar con un nuevo protocolo de corte imperial. La nueva etiqueta quedó regulada por un Decreto del 24 de mesidor de este mismo año (13 de julio de 1804). "Se necesita este tipo de cosas", declaró el futuro Emperador.

### El Imperio napoleónico

En su idea de crear una nueva Europa dependiente de su cetro, la guerra caracterizó desde el principio hasta el final el Imperio de Napoleón. Si la paz llevó a Bonaparte al Consulado vitalicio, la guerra le llevó a la creación del Imperio, a su expansión máxima (el gran Imperio), y a su colapso final. La apropiación del título imperial fue ya de por sí un motivo para el no reconocimiento por parte de Austria del nuevo Estado de Napoleón. Lo que llevó igualmente al zar Alejandro I de Rusia a retirar a su embajador en París en agosto de 1804, dejando a un simple encargado de negocios. Y después, a entablar un tratado secreto con Austria en noviembre de 1804. Pero, a partir de ahora, la rivalidad europea, encabezada de nuevo como siempre por Inglaterra, iba a encaminarse a dilucidar el dominio efectivo de lo que, por la fuerza de las armas, habría de ser el Imperio napoleónico.

Napoleón recibe el documento del Senado que le proclama oficialmente **Emperador de los Franceses**, el 18 de mayo de 1804, por Rouget.

El Imperio del nuevo Carlomagno duraría diez años. Y fue, sin duda alguna, el intento de un hombre excepcional por integrar Europa en una unidad, que sería posible por la desaparición de reyes y tronos. El sueño de Napoleón consistió en crear un poder universal de nivelación política y social, por el cual Europa se encontraría sometida a las leyes el imperio, inspirada por los principios de la Revolución.

En sus mejores momentos, el Imperio llegó a comprender Francia, Holanda y el norte de Alemania –más la Pomerania sueca–, Italia –Piamonte, Génova, Parma, Plasencia y Toscana, los Estados Pontificios– y las Provincias Ilíricas, al otro lado del Adriático. Napoleón es soberano (protector) de la Confederación del Rin –toda Alemania, menos Austria y Prusia, pero con el Gran Ducado de Varsovia–; mediador de la Confederación helvética, y rey de Italia. Eran vasallos los reinos de Nápoles y España y, a resultas de ello, también Portugal.

El objetivo de Napoleón, hijo al fin y al cabo del siglo de la razón, fue reducir a la unidad del Imperio la variedad y división de Europa. Y en este sentido, por querer actuar racionalmente, cometió el gran error de no distinguir las diferencias de clima, de raza, de instrucción, de cultura, de religión, entre unas naciones y otras. En la formación del Gran Imperio, el "error nacional" cometido por Napoleón, lo mismo que el religioso, alcanzaron proporciones extraordinarios. Sus ejércitos, que a fin de cuentas eran los ejércitos de la Revolución, no tuvieron en cuenta los valores de la vieja Europa, los valores nacionales y religiosos, y, frente a ellos, al final, el Imperio fracasó estrepitosamente.

Napoleón subestimó seriamente la importancia del sentimiento nacional o religioso porque él no lo tenía en grado alguno. De donde su gran error de no comprender la realidad europea sobre

***Napoleón en Rusia***, litografía que acompañaba la *Historia de Europa* de Castelar, publicada en 1896. Junto con la española, la campaña rusa fue el otro gran error del Emperador.

***Napoleón y Murat** pasan revista a las tropas antes de la Batalla de Jena*, que tuvo lugar el 14 de octubre de 1806, por Vernet, Palacio de Versalles.

la que actúa. Tal fue el error del siglo de la Razón en general y del pensamiento girondino en particular: creer que el sentimiento nacional no contaba después de la victoria obtenida por los ejércitos y la diplomacia. A la postre, el propio Emperador se olvidó de lo obvio: que la fuerza de su propio ejército residía en su ardiente sentido de nación, logrado durante la Revolución por la leva en masa y "la patria en peligro". Esto fue lo que permitió la victoria del ejército revolucionario sobre el extraordinario ejército profesional de Prusia. Y esta misma fuerza, extendida por sus propias tropas, produjo después el mismo impacto en las otras "naciones" de Europa, un cambio, igualmente fundamental, que, sin embargo, el Emperador no advirtió.

En este sentido, el propio Emperador no llegó a comprender las razones por las cuales sus propios hermanos, convertidos en reyes de otros tantos reinos de Europa, se negaban sistemáticamente a los designios del Imperio, al tiempo que se identificaban más bien con los intereses nacionales de sus nuevos reinos. "Los tres reyes, hermanos y cuñado del Emperador –escribía en 1809 Thibaudeau, que de viejo revolucionario de la Convención se convirtió en conde del Imperio– trajeron a París todas las pretensiones de los reyes de las viejas dinastías... No podían persuadirse de que no eran más que grandes prefectos del Imperio". Un año después, el propio Napoleón reconocía ante Metternich que había cometido el gran error de haber colocado a sus parientes en los tronos. "Me han hecho un mal mucho mayor que el bien que yo les hice".

Napoleón cometió el grave error de pensar en una Europa imaginaria. El primer revés serio lo constituyó la guerra de España que, como años después, reconocería en Santa Elena, habría de perderle. Le siguió la guerra contra el Papa, el mismo Pío VII que le había consagrado emperador, y a quien tuvo prisionero entre 1809 y 1814. Y todo ello, a pesar de los consejos de su tío, el cardenal Fesch, que le advirtió del flagrante error que cometía: "Señor, podéis cubrir la tierra con vuestros ejércitos y vuestro poder, pero no lograréis mandar en las conciencias...". Se equivocó con Rusia, y con las naciones que le hicieron frente en Leipzig. Y, finalmente, se equivocó con Inglaterra, que le venció definitivamente en Waterloo.

El momento culminante del Gran Imperio napoleónico se sitúa en 1810, tras la victoria de Wagram y la Paz de Viena. El matrimonio con la hija del emperador austríaco suponía la realización en verdad del sueño napoleónico. El inmenso Imperio español pareció haber quedado a su arbitrio tras la caída de Sevilla, el 1 de febrero de 1810. Los dos años siguientes gozaron también de cierta estabilidad. Sin embargo, la campaña de Rusia, en 1812, precipitó la caída. Y, a partir de entonces, después de la desaparición de un ejército de medio millón de hombres, los días del Imperio están ya contados. La reunión de los Estados de Europa en un Imperio –el sueño napoleónico– quedaba deshecha por la fuerza de las armas. Nunca nadie había pretendido llegar tan lejos en tan pocos años.

Tras la creación del Imperio en 1804 y, particularmente, tras la derrota de Austria en 1805, y de Prusia en 1806, el sueño de Napoleón fue reconstruir Europa según un sistema "de Estados federativos o verdadero imperio francés". Se trataba de una federación de Estados de acuerdo con los planes del Emperador.

El modelo de sistema imperial, que nació en 1804 con motivo de su nombramiento como emperador, fue cambiando, sin embargo, a lo largo de los años, a medida que evolucionaba el concepto del propio Napoleón sobre su propio papel. Y en esta evolución, el sueño de Napoleón consistió en crear una nueva Europa a imagen de Francia. Pero, finalmente, ni el papel de París, ni las victorias militares, ni los generales, ni los diplomáticos, ni los prefectos, ni tampoco el Código napoleónico como ley común para sus territorios, hicieron posible el sueño del Emperador. Entre otras razones, porque la integración de Europa, tal como hoy la vemos, con la perspectiva de doscientos años después, no era posible conseguirla –como erróneamente creyó el general Bonaparte– con la fuerza de las armas.

## La conquista de Europa

Muchas han sido las interpretaciones que se han dado a la política exterior de Napoleón. Desde quienes han querido verle como el defensor de las fronteras naturales legadas por la Revolución, hasta quienes lo han visto como el restaurador del Imperio romano. E incluso ha

**Mujeres decisivas: Leticia Ramolino**, madre de Napoleón, en una miniatura sobre marfil (izquierda); **Josefina de Beauharnais**, con quien se desposó Napoleón en marzo de 1796 (centro), y **María Luisa de Austria**, su segunda esposa tras divorciarse de Josefina (derecha).

habido quien ha sostenido la tesis del "espejismo oriental" como clave de todas sus acciones. En este sentido, Georges Lefebvre ha defendido que seguramente nada habría gustado tanto al nuevo Alejandro como una incursión hacia Constantinopla o la India, por más que no se haya encontrado un nexo claro entre esta quimera y la mayor parte de sus empresas.

Los historiadores de Napoleón están de acuerdo en que no hay una explicación racional que reduzca a una unidad su política exterior. "Persiguió fines contradictorios –ha escrito al respecto Lefebvre–, y únicamente da cuenta de ella su *ambición* si, en lugar de rebajarla al nivel del común de los hombres, consentimos en ver en ella el gusto por el peligro, la inclinación al ensueño y el impulso del temperamento". Porque rara vez se ha dado en la Historia un caso de mayor personalismo en la política de una gran nación. Y, después de su autoproclamación como Emperador, ya no le quedó otra salida que la conquista del mundo.

La fuerza del Emperador –y la base para la conquista del mundo– radicó en el ejército. Y éste, propiamente, tomó su forma definitiva en 1805, después de la Coronación. Entonces es cuando verdaderamente quedó constituido el nuevo ejército imperial, que estimulaba a la juventud ambiciosa, y, con sus uniformes y nuevas condecoraciones, atraía la admiración del pueblo. Pues el Emperador creó un ejército en realidad mucho más brillante que eficaz, para deslumbrar a propios y extraños. Mientras en el fondo, en su organización, las innovaciones fueron poco importantes y el material tampoco experimentó ninguna mejora sustancial. Razón por la cual, al final de la aventura, el ejército napoleónico estaba en manifiesta inferioridad de condiciones frente a los ejércitos inglés y prusiano. Su inicial carácter nacional, además, se fue debilitando, por otra parte, a resultas de las nuevas conquistas. Y, a medida que el nuevo ejército imperial se fue aristocratizando, su empuje fue, claramente, disminuyendo.

## Napoleón creó un ejército más brillante que eficaz, que al final estaba en inferioridad frente a ingleses y prusianos

Las conquistas del Imperio quedaban a merced siempre de una victoria fulminante, protagonizada normalmente por el mismo Emperador. Por esta razón, todo dependía, a un elevadísimo costo, de un hilo. Pues, entre 1801 y 1815, Francia perdió un millón de hombres en la aventura napoleónica. Y era de prever –los ingleses lo percibieron con claridad desde la época de Pitt– que con este ritmo llegaría necesariamente un momento en que la victoria, en la mayor parte de los casos debida siempre a aquel genio prodigioso de la guerra, no se produjera, y, por consiguiente, la suerte cambiaría. Tal sería, al final, la causa del la imposibilidad del Imperio napoleónico. Porque todo quedaba al albur de la fortuna de las armas en la última batalla. Pues no siempre una derrota sin paliativos como la de Trafalgar iba a quedar compensada por la victoria de Austerlitz.

Durante un decenio, entre 1804 y 1814, esta expansión resultó imparable. Pero llegaría un momento en que las marchas se volverían agotadoras, y el desgaste inevitable. En este sentido, una vez más, Francia dio muestras de una capacidad de recuperación realmente excepcional como en tiempos de Francisco I o de Luis XIV, aunque a una escala, en esta ocasión, mucho mayor. Precisamente, previendo este talón de Aquiles de su sistema, Napoleón pretendió sustentar su Imperio sobre la base de unos "Estados federativos" fieles dependientes del Emperador a través, fundamentalmente, de un "pacto de familia", que ponía a Europa en sus manos. Sería la insurrección

**Bonaparte a bordo del *Bellerophon*, en la Bahía de Plymouth, por Sir Charles Locke Eastlake. Una imagen muy alejada de la grandeza imperial, Greenwich, National Maritime Museum.**

española de 1808 –que animó la resistencia de Prusia, Austria y Rusia–, sin embargo, la que precipitó los acontecimientos. Pues, a partir de entonces, al avivar por todas partes los sentimientos nacionales, Napoleón, sin darse cuenta, contribuyó más que nadie a romper la unidad europea que pretendía.

El nuevo "sistema continental" que implicaba el Gran Imperio no podía sostenerse sobre el filo de las bayonetas. Y menos a través de aquellas guerras de conquista. El Emperador se equivocó completamente al creer que si los franceses lo habían aceptado como árbitro insustituible, los pueblos y los reyes de Europa lo aceptarían como emperador. "Yo quería proponer –tal era su idea– la fusión de los grandes intereses europeos de la misma manera que había operado la de los partidos entre nosotros. Ambicionaba arbitrar la gran causa de los pueblos y de los reyes". Pero Napoleón se equivocó al aspirar a ejercer en Europa el mismo papel arbitral que había llegado a alcanzar en Francia.

La lucha constante con Inglaterra antes y después de Trafalgar, los enfrentamientos con Austria y Prusia, y después con España, hicieron cada vez más difíciles la posibilidad del Gran Imperio. La misma ocupación de los Estados Pontificios –que le valió la excomunión en junio de 1809 por parte del mismo Papa que lo había coronado– fue otro gran error que le enemistó con la cristiandad, de la que pretendía ser reconocido como nuevo Emperador, heredero de Carlomagno. Y, finalmente, cometió la gran equivocación de invadir Rusia, que arruinó sus planes definitivamente al quedarse prácticamente sin ejército. Pues de los casi 700.000 hombres que emprendieron la campaña apenas si regresaron unos 100.000, con lo que la *Grande Armée* había dejado prácticamente de existir.

## La hora del desastre

Las consecuencias del desastre, y el extraordinario desgaste de tantas luchas, no tardaron en manifestarse. Por vez primera se creó una alianza –la Sexta Coalición– en la que aparecieron unidos contra él todos sus enemigos: Inglaterra, Austria, Rusia, Prusia, los príncipes alemanes, Suecia y España. La suerte había cambiado definitivamente. Y como habían imaginado los ingleses desde hacía años, el día en que la rueda de la fortuna se invirtiera, ése sería el fin de Napoleón y de su Gran Imperio. Y esta hora llegó en 1813, con el retroceso de sus tropas en España y, lo que era aún más grave, el peligro de una invasión de Francia por los aliados, tal como había ocurrido en tiempos de la Revolución.

La guerra estaba definitivamente perdida, a pesar de que el genio militar de Napoleón seguía venciendo en las batallas –en Lützen sobre rusos y prusianos; en Bautzen, o en Dresde, la última de sus grandes victorias, el 26-27 de agosto de 1813–. Y cuando, finalmente, entre el 16 y 19 de octubre de 1813, se produjo la Batalla de Leipzig, llamada de las Naciones –la batalla más sangrienta de todas las guerras naopoleónicas– la suerte del Imperio napoleónico tenía los días contados. La abdicación del Emperador terminó produciéndose el 6 de abril de 1814. Porque, después, el Imperio de los Cien Días fue la repetición de un sueño imposible. El último acto de la prodigiosa aventura napoleónica. ■

### PARA SABER MÁS


Dufraisse, R., *La France napoléonienne. Aspects extérieurs*, Paris, Seuil, 1999.

Gayl, P., *Napoleon, for and against*, London, MacMillan, 1957.

Lefebvre, G., *La Revolución Francesa y el Imperio,* México, Fondo de Cultura Económica, 1966.

Soboul, A., *La Francia de Napoleón*, Barcelona, Crítica, 1992.

Wolf, S., *La Europa napoleónica*, Barcelona, Crítica, 1992.